

LVI.

Y añadió enternecido, sonriendo:
—¡Si casi le estoy viendo
Con su carita colorada y fresca,
Y sus gracias alegres y sencillas,
Sentarse en mis rodillas
Para escuchar los lances de la pesca!

LVII.

¡Verás cómo retoza por la playa
Cuando á buscarme vayal
Y cuando se acostumbre, al lado mío,
Al olor del carbón y de la brea,
¡Verás cómo gatea
Por los palos y jarcias de un navío!

LVIII.

Será—siguió diciendo satisfecho,—
Un mozo de provecho
Más resistente y firme que una entena.
Iremos juntos, y se hará á mis mañas.—
—¡Hijo de mis entrañas!—
Rosa le interrumpió con susto y pena.

LIX.

¡El, expuesto al peligro de los mares!...
¿No bastan los pesares
Que me afligen por ti? ¡Vaya un empeño!
No lograrás vencerme, te le digo,
Harto sufro contigo
Sin que nueva inquietud me robe el sueño.—

LX.

—¡Bravo! exclamó Miguel:—¡Famosa ideal
Pues ¿qué quieres que sea?—
Y mirándole Rosa con ternura,
—¡Cura!—le respondió. ¡Cómo!—repuso
El pescador confuso.
—¡Y un mozo tan cabal ha de ser cura!—

LXI.

—¡Si, sí! Para que ruegue noche y día
A la Virgen María,—
Respondió con tiernísimo arrebató,
—Por cuantos mueren en la mar traidora,
Por la infeliz que llora
Su mísera viudez... y por ti ¡ingrato!

LXII.

—Pues no me harás cejar.—Ni á mí tampoco.
—Vayamos poco á poco—
Dijo, cortando la incipiente riña
La madre de Miguel.—Pues yo no paso
Por que apuréis el caso
Sin contar con el huésped. ¿Y si es niña?—

LXIII.

Quedóse el pescador mudo y perplejo:
Arrugó el entrecejo
Contrariado tal vez: pero de pronto,
A compás de ruidosa carcajada
Prorrumpió: ¡Nada, nada,
Madre tiene razón! ¡Es que soy tonto!...

LXIV.

—Si es niña, ya sabéis, no la recibo,
Aún cuando sea el vivo
Retrato de mi adusta morenita.—
Y con franca efusión abrazó á Rosa,
Que entre esquiva y gozosa
Dijo, evitando sus cariños:—¡Quitá!—

LXV.

¿Quién ve tanta ventura indiferente?
¡Santa y perenne fuente
Del amor paternal, que en nuestro anhelo
En misteriosas ondas repartida,
Para endulzar la vida
Y templar nuestra sed, bajas del cielo!

LXVI.

¡Sentimiento purísimo del alma,
Que turbas nuestra calma,
Y con ritmo jamás interrumpido
Despiertas los estímulos que duermen,
Haces vibrar el germen,
Subir la savia y palpar el nidol

LXVII.

A tu voz la inmortal naturaleza
Suspende la fiereza
Del oso hurao y del león hirsuto,
Y tu fuego vivaz que do quier arde,
Impetu dá al cobarde,
Vigor al débil y razón al bruto.

LXVIII.

Todo, sujeto á inexorable norma,
Se muda, se transforma,
Y en este inmenso impenetrable abismo
Que la infinila variedad encierra,
Tan sólo tú, en la tierra,
En el cielo y el mar, eres el mismo.

LXIX.

Pero ¡oh suerte importunal! En el momento
De su mayor contento,
Asomando al través de los maizales
Que encubren la vereda del molino,
Un marinero vino
A turbar sus ensueños paternos.

LXX.

Era Roberto, amigo y camarada
De Miguel. Alma honrada
Que á su pesar apasionado culto
Consagra á Rosa; amor inofensivo,
Pero puazante y vivo,
En lo más hondo de su pecho oculto.

LXXI.

—¿Ya vienes á buscarme? Es muy temprano.—
Con tono afable y llano
Dijo al verle Miguel.—Bien se conoce
Que tienes—contestó—la paz en casa,
Y que el reló se atrasa
Para quien vive á gusto. ¡Son las doce!

LXXII.

¿A qué esperamos, pues? El tiempo es bueno,
El cielo está sereno
Y el mar tranquilo y manso. Con que puedes
Calcular el aguante de tu malla,
Pues hoy, ó todo falla,
Van con las pesca á reventar las redes.

LXXIII.

¡No es lícito á los pobres el regalol...
El año ha sido malo...—
—Cierto—Miguel repuso, y necesito
No perder la ocasión, porque mi esposa...—
Iba á hablar; pero Rosa
Dijo, abrazando al imprudente:—¡Chito!

LXXIV.

—Si mi franqueza tu disgusto labra,
No diré una palabra,—
Contestóle Miguel. Mientras Roberto
Rendido al golpe de su ardiente pena,
Contemplaba la escena.
Lívido y silencioso como un muerto.

LXXV.

Quién en lo oscuro de su pecho esconda
La herida viva y onda
Que sangra sin cesar, de un desdichado
Amor, y tenga para más tortura,
El sueño de ventura
Que nunca logrará, siempre á su lado;

LXXVI.

Quién de los celos pertinaces sienta
 La mordedura hambrienta,
 Y finja indiferente y satisfecho
 Ver su imposible bien en otros brazos,
 Mientras quiere á pedazos
 El corazón saltársele del pecho;

LXXVII.

Quién amando en silencio hasta el delirio,
 No tenga en su martirio
 Ni aún el triste consuelo de la queja,
 Podrá tan sólo comprender el fiero
 Pesar del marinero,
 Ante el placer de la gentil pareja.

LXXVIII.

Miguel de pronto profirió: ¡Al avío!—
 Con desenvuelto brío
 La fuerte red plegando. Diligente,
 Y según su costumbre cariñosa,
 Iba á ayudarle Rosa,
 Cuando él le dijo amedrentado:— ¡Tente!

LXXIX.

¡Por Dios! ¿Qué vas á hacer? Pues bueno fuera
 Que un esfuerzo cualquiera...
 ¡No me des qué sentir! Y á más, te aviso,
 Que hoy la felicidad me presta aliento.
 ¡Hasta capaz me sienta
 De cargar con la barca, si es preciso!—

LXXX.

Entre risas, y plácemes y fiestas
 Miguel echóse á cuestras
 La recogida red, diciendo:— ¡Vaya!
 Nada hacemos aquí.—Y él y Roberto,
 En íntimo concierto
 Tomaron el sendero de la playa.

LXXXI.

Marchaba el ágil mozo con presteza,
 Volviendo la cabeza
 A cada instante hácia su hogar cercano,
 Desde donde en señal de despedida,
 La joven conmovida
 Le mandaba sus besos con la mano.

LXXXII.

Y hasta que casi al fin de la jornada,
 Su prenda idolatrada
 Se internó en las revueltas del camino,
 No apartó, con dulcísima porfía,
 Del rumbo que él seguía,
 Ni el corazón ni el rostro peregrino,

LXXXIII.

Viendo, no sin nublarle el semblante,
 Cada vez más distante
 Al dueño de su vida y de su casa;
 Que la ausencia en amor, aún la más breve,
 Cual nubecilla leve
 Oscurece los cielos mientras pasa.

LXXXIV.

—¡Ah! ¡cómo no quererle si es tan buenol!—
 Dijo, oprimiendo el seno
 Maternal, con tan blando y dulce nudo,
 Que, de la dicha de su hogar ufana,
 La enternecida anciana
 Contener una lágrima no pudo.

LXXXV.

En tanto, los alegres marineros
 Perdiéronse ligeros
 Tras un peñón que hácia la senda avanza,
 Y al fin de cuya estrecha cortadura
 La indómita llanura
 Del vasto mar á descubrir se alcanza.

LXXXVI.

Desde allí se divisan de repente,
 Su grandeza imponente,
 Su augusta calma ó su furor sublime,
 Δ con su regia majestad á solas,
 Oyese de sus olas
 La voz tonante que amenaza ó gime

LXXXVII.

En coloquio jovial entretenidos
 Van, de la mano asidos,
 Hácia donde, á merced de la marea
 Que su ancha curva en las arenas raya,
 Cual reina de la playa
 La barca de Miguel se balancea.

LXXXVIII.

¡Qué es verla, el separarse de la orilla,
 Con atrevida quilla
 Surcar graciosa el liquido elemento,
 Y mar afuera, inquieta y juguetona,
 Tender la blanca lona
 A las caricias pérfidas del viento!

LXXXIX.

¡Qué es ver cómo al peligro se aventura,
 Cuando la sombra oscura
 Se precipita sobre el mar de Atlantel
 Y cuando viento duro el golfo riza,
 ¡Qué es ver cual se desliza
 Por la espalda ondulosa del gigantel

XC.

Nunca el riesgo imprevisto la acobarda,
 Y hiende tan gallarda
 La inmensidad del piélago bravío,
 Que no deja tras sí, rápida y suave,
 Ni aún la huella que un ave,
 Rozando con el ala, abre en el río.

XCI.

El noble pecho de Miguel se ensancha
 Ante la airosa lancha
 Que su fortuna y su ambición encierra,
 Y le presta solícito el cuidado
 Con que el bravo soldado
 Mima y atiende á su corcel de guerra.

XCII.

Un mancebo, que estaba de atalaya,
 Gritó á los de la playa:
 —¡El patrón!—Y animosa la cuadrilla
 A la dura jornada se dispuso.
 Sólo absorto y confuso
 Un pescador permaneció en la orilla.

XCIII.

Sentado en un montón de húmeda arena,
 Extraño á la faena
 Ocultaba su rostro entre la manos,
 Mostrando sólo en su actitud doliente
 La ancha y curtida frente
 Orlada á trechos de cabellos canos.

XCIV.

Cual no maduro fruto, que la helada
 Malogra, su hija amada
 Cayó marchita al soplo de la muerte,
 Y se le sale, sin sentir, del pecho
 El corazón deshecho,
 En las acerbas lágrimas que vierte.

XCV.

Quién ha sufrido la mortal congoja
 Que, sin piedad, deshoja
 Como agostada flor nuestra ventura
 En ese instante de terrible prueba,
 En que voraz se lleva
 Parte de nuestro sér, la sepultura:

XCVI.

Cuando con lenta gradación se apaga
 La luz dudosa y vaga
 Que colora la faz del moribundo,
 ¡Ay! y á medida que en sus ojos crece
 La sombra, nos parece
 Que va cayendo en lobreguez el mundo;

XCVII.

Cuando vencidos en estéril lucha,
 Nuestra impotencia escucha
 El tremendo estertor de la agonía,
 Y con angustia alborotada y loca
 Posamos nuestra boca
 Sobre otra boca descompuesta y fría,

XCVIII.

Casi cerrada en su letal reposo
 Al ritmo fatigoso
 Que el pecho cadavérico le presta,
 Y que ya de la muerte bajo el peso,
 Ni al anhelante beso,
 Ni al tierno abrazo, ni á la voz contestá;

XCIX.

Cuando aún tibios los míseros despojos,
 Vemos con turbios ojos
 Toda nuestra ilusión desvanecida,
 Y en medio del pesar que nos destroza
 Sentimos cual se goza
 Traidor recuerdo en enconar la heridal

C.

Cuando envuelto en su fúnebre mortaja,
 Negra y medrosa caja
 El bien amado para siempre encierra,
 Y siente el corazón despavorido
 El ruido, el sordo ruido
 Que hace al cubrir el féretro la tierra:

CI.

¡Ay! quien tenga grabada en su memoria
 Esa trágica historia,
 Sin cesar repetida y siempre nueva,
 Verá, evocando su dolor pasado,
 El dardo envenenado
 Que el triste padre en sus entrañas lleva.

CII.

Al verle presa de aficción tan viva,
 Con frase compasiva
 Le interrogó Miguel franco y abierto.
 Alzó el viejo la faz desencajada,
 Y con voz desmayada,
 —¿No sabes?—sollozó—¡mi Juana ha muerto!—

CIII.

El sentimiento concentrado es mudo,
 Mientras un choque rudo
 No sacude el marasmo que le embota,
 Porque entonces el ansia comprimida,
 Como por ancha herida
 La hirviente sangre, atropellada brota.

CIV.

Y cuando el corazón rompe su valla,
 En el dolor que estalla
 Se mezclan y amalgaman con espanto
 Como fundidos por el mismo fuego,
 La imprecación y el ruego,
 Y el gemido, y la cólera y el llanto.

CV.

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,
 Exasperó la pena
 Que al tosco anciano le apretaba el cuello
 Y exaltándose al cabo poco á poco,
 Con la rabia de un loco
 Maldiciendo y mesándose el cabello,

CVL

—¡Ay! de pronto exclamó con ceño adusto:—
 ¡Mentira! Dios nó es justo
 Cuando se goza en aumentar mi cuita.
 Tienen en buena paz muchos bribones
 Tierras, barcos, millones....
 ¡Yo, una pobre muchacha.... y me la quita!

CVII.

¿Qué mal hacia la infeliz doncella?
 ¿Cómo vivir sin ella?...—
 Y se apagó la voz en su garganta.
 —Mas sin justicia ni razón me quejo,—
 Gimió el honrado viejo:
 —¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!—

CVIII.

Miguel, tendiendo al afligido anciano
 La encallecida mano,
 —Vuelve á casa—le dijo—y llora y reza
 Junto á la amada prenda que perdiste.
 —¡Nol—contestóle el triste
 Moviendo gravemente la cabeza.

CIX.

—Aunque me falta el sol de la alegría
 Conservo todavía,
 Gracias á Dios, mi voluntad de hierro.
 ¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?
 Saldré á la mar contigo.
 ¡Necesito el jornal para su entierro?

CX.

Quiero comprarle, si tenemos suerte,
 Las galas de la muerte:
 Una cruz, un sudario y una palma.—
 Guardó breve silencio el desdichado
 Y luégo desolado
 Clamó con bronco acento:—¡Hija del alma!—

CXI.

Su misma voz, que reprimir no pudo,
 Como puñal agudo
 Clavósele en el pecho, y tan activa
 Creció en su corazón la angustia fiera,
 Cual la insaciable hoguera,
 Que cuanto más devora, más se aviva.

CXII.

Enternecido ante infortunio tanto,
 Y contentiendo el llanto
 Miguel le respondió: —Tu pobre Juana
 Tendrá lo que tu anhelo solicita:
 La humilde cruz bendita,
 La palma virgen y el sayal de lana.

CXIII.

Pero vuelve á tu hogar, porque no quiero
 Que un bravo compañero
 A su propio tormento contribuya.
 No serás, si te niegas, buen amigo,
 Y atiende á lo que digo:
 Hoy pesco para tí. ¡Mi parte es tuya!—

CXIV.

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta
 Sobre la herida abierta
 Del triste anciano, y mitigó su duelo
 Llanto reparador, tranquilo y suave.
 Siempre para quien sabe
 Sentir, la gratitud es un consuelo.

CXV.

—¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!—
 Con blando acento dijo,
 Las lágrimas secando en su mejilla.
 Miguel para ocultar su sentimiento;
 Ligerero como el viento
 A la barca saltó desde la orilla.

CXVI.

Toda su gente al tráfago dispuesta,
 Con ansia manifesta
 Esperaba no más la voz de mando.
 Dióla el patrón; y con vigor supremo
 El resistente remo
 En las arenas de la playa hincando,

CXVII.

Puso á flote la lancha embarrancada,
 Que lenta y sosegada
 Siguió después por la canal angosta,
 Única vía, franca y descubierta,
 Entre la barra incierta
 Y las tajadas peñas de la costa.

CXVIII.

La roca, á modo de ciclópeo muro,
 Inabordable, oscuro,
 Desde la playa misma se adelanta,
 Hasta la punta del siniestro Cabo
 Do el mar potente y bravo
 Con sorda intermitencia se quebranta.

CXIX.

Varias cruces sencillas de madera,
 En pavorosa hilera
 Resaltan del peñón de trecho en trecho,
 Señalando en el áspero arrecife,
 El sitio en que un esquife
 Quedó, á los golpes de la mar, deshecho.

CXX.

Recuerda cada cruz alguna escena
 De horror y espanto llena.
 Más de un pobre marino halló su fosa
 Entre el medroso y formidable estruendo
 De la borrasca, oyendo
 Los desolados ayes de su esposa.

CXXI.

Donde la punta del peñón termina,
 Por mísera y mezquina
 Pudiérase decir que el mar desdena,
 Aunque á veces su presa le disputa,
 Una abrigada gruta
 Labrada por las olas en la peña.

CXXII.

Gratas para las lanchas pescadoras,
 Las apacibles horas
 Trascurren sin sentir. Con los reflejos
 De la luz que en las aguas reverbera,
 El mar, como si fuera
 De inflamado metal, brilla á los lejos.

CXXIII.

Miguel, desde la popa de su barca,
 Con la mirada abarca
 El golfo en que indolente se aventura.
 Está á sus piés sumiso y reposado
 Como león cansado,
 Y la atmósfera azul, diáfana y pura.

CXXIV.

Lánguida brisa, replegando el ala,
 Mansamente resbala
 Sin conmover el piélagos sereno,
 Como el aliento sosegado y leve,
 Que apenas alza y mueve
 De una virgen dormida el casto seno.

CXXV.

El barco, al apartarse de la playa,
 Como argentada raya
 Deja en las ondas su espumosa estela,
 Y al avanzar con suave balanceo,
 Va como si el deseo
 Le sirviese de estímulo y de vela.